

# los tres ámbitos de la moral

Sintetizar en breves páginas las ideas morales de la Sagrada Escritura no es una tarea difícil; es imposible. Basta tener en cuenta la triple exigencia en que se basa el mensaje de Jesús sobre este punto (conversión, fe, seguimiento de Cristo)<sup>1</sup>, o las motivaciones de la conducta moral (el Reino, la retribución, el ejemplo de Dios y de Cristo)<sup>2</sup>, para comprender la imposibilidad de una exposición sucinta. Y esto sin decir nada del Decálogo, de la predicación profética y de las epístolas paulinas y católicas. Por eso, más que fijarme en ninguno de estos puntos concretos —que aparecerán en los otros artículos de este número— intentaré exponer, desde un punto de vista bíblico, los tres ámbitos en que debe moverse la conducta moral del cristiano: el individual, el social y el cristológico. No sabría decir si los tres son igualmente importantes; lo que me parece cierto es que no podemos olvidarnos de ninguno de ellos si queremos ajustar nuestras vidas al Evangelio.

## I. el ámbito individual

Siguiendo a Schnackenburg acabamos de enunciar tres elementos típicamente individuales que fundamentan la moral: conversión, fe,

seguimiento de Cristo. Pero el estudio de esta parte vamos a centrarlo en otros dos temas: la conciencia y la ética de la intención.

“Hasta estos últimos años, los teólogos no se preocupaban de la conciencia más que a propósito de las leyes dudosas y hablaban con profusión del tuciorismo, probabilismo, etc. Los biblistas apenas prestaban atención a este tema paulino. Todos dejaban a los filósofos el trabajo de hablar de la conciencia; esta palabra era evocada más frecuentemente en los medios no católicos que entre nosotros”<sup>3</sup>. Sin embargo, desde hace poco, y debido en parte a las afirmaciones del Concilio Vaticano II (*Gaudium et Spes*, 16), la conciencia ha vuelto a ocupar el puesto que le correspondía en la moral cristiana.<sup>4</sup>

Aunque Jesús nunca empleó la palabra conciencia, da a conocer su realidad objetiva cuando habla de la luz interior: “La lámpara del cuerpo es el ojo. Si, pues, tu ojo estuviere sano, todo tu cuerpo estará luminoso; pero si tu ojo estuviere enfermo, todo tu cuerpo estará en tinieblas” (Mt 6,22 s). En el interior del hombre hay una lámpara, una facultad de discernimiento moral, de cuya salud hay que preocuparse.

Fue San Pablo quien elaboró a fondo la teología de la conciencia<sup>5</sup>. Todo hombre la posee, incluso el pagano (Rom 2,15), y dentro de él difunde su luz, su testimonio, para dirigir como legislador la acción concreta y sancionarla como juez. La conciencia posee autoridad porque su testimonio está refrendado por Cristo (1 Cor 8, 12) y es dada en unión con el Espíritu Santo (Rom 9,1) o bajo la luz de Dios (2 Cor 1,12). No obstante, la gran innovación de Pablo en la historia de la moral consiste en haber elaborado el concepto de una conciencia antecedente o imperativa, que no sólo señala lo que se puede o no hacer, sino que obliga como la voz de Dios mismo. La conciencia se convierte en guía y piedra de toque que ha de orientar al hombre en el uso de su libertad. De ahí la fórmula "por razón de conciencia", que designa los motivos individuales y la norma moral inmediata del obrar (1 Cor 10,25-29; Rom 13,5).

Para Pablo, las consecuencias de esta doctrina son claras. Cada uno ha de actuar por convicción personal, "ateniéndose a su conciencia" (Rom 14,5), pues lo que no es según conciencia es pecado (Rom 14,23). Por eso, también la conciencia errónea obliga, aun cuando se decide por el mal, creyendo que obra bien. Naturalmente, todo esto no excluye la existencia de una conciencia "mala" o "manchada" (Tit 1,15), incapaz de tomar resoluciones moralmente rectas o de llevarlas a la práctica, una conciencia marcada por la mala voluntad e hipocresía del hombre (1 Tim 4,2).

Vemos, pues, que una de las obligaciones más urgentes en la formación y dirección espiritual de los cristianos consiste en educarlos de forma que alcancen una verda-

dera madurez de conciencia, que les capacite para adoptar, personal e íntimamente, las resoluciones y actitudes propias de cada situación concreta<sup>6</sup>. Para esto, como afirma el Vaticano II, "es de gran importancia que todos puedan cultivar una recta y auténticamente humana responsabilidad que tenga en cuenta la ley divina, consideradas las circunstancias de la realidad y de la época" (Gaudium et Spes, 87). Esta breve cita muestra la dificultad enorme de la tarea, pero también su necesidad y urgencia porque "esta norma interior y personal de la dirección concreta de la vida es espíritu, no letra, algo de lo más bello que la nueva alianza atribuye al Hijo de Dios, libertad, pureza y franqueza" (Spicq).

Dentro del ámbito individual, uno de los aspectos característicos de la moral neotestamentaria es el de la intención. Según Meinertz, "no cabe duda de que esta ética de la intención constituye la idea directriz, sobre todo, del sermón del monte, pero con tal que no la entendamos como contrapuesta a la ética de la obediencia para con Dios... pues la intención debe coincidir con la voluntad de Dios"<sup>7</sup>.

Desde este punto de vista, lo esencial no consiste en el acto sino en la intención. Por eso, el óbolo de la viuda sobrepasa en valor a los grandes donativos de los ricos, ya que los sentimientos de esta mujer son superiores y su pequeño donativo supone un sacrificio mayor (cf. Mc 12,41-44). Este principio fundamental aparece con especial claridad en las dos primeras antítesis del sermón del monte, relacionadas con las prohibiciones veterotestamentarias de matar y de cometer adulterio. Jesús supera la letra de la ley y se dirige directamente a la intención, condenan-

do los sentimientos de ira o la simple mirada pecaminosa. Y afirma, con una frase tremenda, que el que hace eso "ya adulteró con ella en su corazón" (Mt 5,28). Naturalmente, la ética de la intención no hay que interpretarla como si el acto en sí careciera de importancia. Al contrario, la intención debe impulsar a la práctica. Si se reduce a meras palabras carece de todo valor. :No todo el que dice Señor, Señor, entrará en el Reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos" (Mt 7,21; cf. 12,50). Pero también podríamos decir, a la inversa, que quien cumple las prescripciones legales sin intención, movido por la rutina, la costumbre o la coacción social, se halla lejos del Reino de los cielos. Así lo comprendieron ya los profetas del Antiguo Testamento, que lucharon con todas sus fuerzas contra la superficialidad de la vida moral. Jesús recoge las palabras de Isaías (29,13) en su lucha contra los hipócritas y las hace suyas (Mt 15,8): "Este pueblo me honra con los labios, pero su corazón está lejos de mí". Lo exterior tiene que estar de acuerdo con lo interior, igual que el buen fruto procede del árbol bueno. "El hombre bueno, del tesoro bueno de su corazón saca cosas buenas, y el malo cosas malas de su mal tesoro. Pues de la abundancia del corazón habla la lengua" (Lc 6,43-45).

## II. el ámbito social

El segundo ámbito en que debe moverse la moral es el social. "Dios creó al hombre, no para vivir aisladamente sino para formar sociedad. De la misma manera, Dios ha querido santificar y salvar a los hombres no separadamente, con

exclusión de toda mutua relación, sino constituirlos en un pueblo que le reconociera en verdad y le sirviera santamente" (GS 32). Este carácter social del hombre, que le condiciona a no poder "vivir ni desplegar sus cualidades sin relacionarse con los demás" (GS 12) queda aún más acentuado con la Encarnación de Cristo, donde se perfecciona y consume. En el orden salvífico en que vivimos, nuestra índole comunitaria no se funda ya sólo en el acto creador que da origen a la humanidad, sino que procede también —y principalmente— "de la unión de los espíritus y de los corazones, esto es, de la fe y de la caridad, que constituyen el fundamento indisoluble de su unidad en el Espíritu Santo" (GS 42).

Esto hace que la perfección individual se halle íntimamente relacionada con la sociedad, incluso en sus aspectos más externos. Por eso el Concilio vincula los dos principios: "es la persona del hombre la que hay que salvar, es la sociedad humana la que hay que renovar" (GS 3). Y ataca a los que "por despreocupación frente a la realidad o por inercia se conforman con una ética meramente individualista" (GS 30). Descendiendo a la práctica, conviene notar que todos los pecados enumerados en la *Gaudium et Spes* son, en el fondo, pecados contra la sociedad en cualquiera de sus facetas: familiar, económica, política, cultural... Por ejemplo: soslayar los impuestos justos (30), subestimar las normas de circulación (30), la poligamia, el divorcio, el amor libre, el egoísmo, el hedonismo, los usos ilícitos contra la generación (47), el aborto y el infanticidio (51), la retención improductiva de la riqueza, la fuga de capitales (65), los contrastes entre opulencia y miseria (63), el salario indigno (71), etc. Decíamos

que conviene tener en cuenta la dimensión social porque en muchas mentalidades el pecado es una ruptura que se produce entre "yo" y "Dios", una acción por la que Dios y yo salimos perjudicados, pero sin más consecuencias. Creo que el tener en cuenta a la comunidad, incluso en nuestros actos más íntimos, es uno de los principios básicos del mensaje evangélico.

Este carácter social de la moral nos obliga a adoptar una triple actitud: de servicio, de ejemplaridad y de respeto.

La actitud de servicio es tan frecuente en el Evangelio y en la enseñanza de la Iglesia que casi no deberíamos hablar de ella. Se reduce a seguir el ejemplo de Cristo, que no vino a ser servido, sino a servir (Mc 10,45). Pero es curioso cómo ha insistido el Concilio en esta terminología del "servicio", y cómo ha relacionado dicha actitud con todas las facetas de la vida moderna: trabajo (GS 34,67), cultura (53), desarrollo económico (64) y político (73). Incluso en una decisión tan íntima y personal como es la de la fecundidad del matrimonio debe ser tenida en cuenta (50). El cristiano nunca puede olvidarse de servir a los hombres que le rodean. Debe ser consciente de que "no puede encontrar su propia plenitud si no es en la entrega sincera de sí mismo a los demás" (GS 24).

La segunda actitud es la de ejemplaridad. Como decía Jesús, es la que nos mueve a obrar de tal forma "que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos" (Mt 5,16). Idea que estuvo siempre presente en la predicación paulina, y que se manifiesta en frases como: "que vuestra bondad sea conocida

de todos los hombres" (Fil 4,5), "a fin de que vivais dignamente ante los de fuera" (1 Tes 4,12). Y que a veces se concreta en casos como el de las viudas jóvenes, a las que aconseja que se casen para que "no den al adversario ningún motivo de hablar mal" (1 Tim 5,14) y el de los esclavos, a los que manda respetar a sus dueños "para que no se blasfeme el nombre de Dios y de la doctrina" (1 Tim 6,1). Esta doctrina de la ejemplaridad se halla íntimamente relacionada con la de la edificación, tema que no podemos tratar por falta de espacio.

La tercera actitud es la de respeto, la de tener en cuenta a los demás. A primera vista puede parecer una simple repetición de lo anterior. Pero creo que se trata de algo más profundo y que exige al máximo el cumplimiento del precepto del amor. En San Pablo aparece con motivo de dos hechos concretos: el comer los manjares inmolados a los ídolos y el don de lenguas. Para un cristiano instruido, de conciencia madura, los manjares inmolados a los ídolos no representaban problema. Sabía que todo procede de Dios y es bueno; consiguientemente, podía comerlos con toda tranquilidad. Siguiendo la terminología empleada en este artículo, podríamos decir que en el ámbito individual de su conducta su actitud estaba perfectamente justificada. Pero entra en juego el segundo factor, social, que nos obliga a tener en cuenta al prójimo, a respetarlo. Hasta tal punto, que debemos actuar contra el propio gusto<sup>8</sup>, e incluso contra nuestra libertad —de hijos de Dios— para que "esa libertad vuestra no sirva de tropiezo a los débiles" (1 Cor 8,9). Porque "si por un alimento tu hermano se entristece, tú no procedes ya según caridad" (Rom 14,15). En este punto, la conducta de Pa-

blo es ejemplar: "Si un alimento causa escándalo a mi hermano nunca comeré carne para no dar escándalo a mi hermano (1 Cor 8,12), confirmando su propio principio de que "nadie procure su propio interés, sino el de los demás (1 Cor 12,24).

El segundo hecho es el de la glosolalia. Algunos cristianos poseían el don de, en estado de éxtasis, alabar, agradecer y suplicar a Dios en un lenguaje que a los otros resultaba ininteligible, y sólo podía ser interpretado por los que tenían una capacidad especial para ello. La estima de este carisma llegó a ser tan grande que incluso se le situaba por encima del don de profecía. No se trata de exponer aquí toda la problemática y la solución dada por Pablo<sup>9</sup>. Pero en este contexto inserta una frase que considero de gran interés: "tu acción de gracias es excelente, pero el otro no se edifica" (1 Cor 14,17). No nos encontramos ya ante algo indiferente, como en el caso anterior, sino positivamente bueno, "excelente". Sin embargo, Pablo lo rechaza, entre otros motivos, porque "el otro no se edifica". Creo que basta esta frase tan breve para fundamentar por sí sola la actitud de tener en cuenta a los demás.

### III. el ámbito cristológico

Al final del sermón del monte, una vez que Jesús ha expuesto el núcleo fundamental de sus enseñanzas morales, aconseja a sus oyentes que pongan en práctica sus palabras para asemejarse "al hombre prudente que edificó su casa sobre roca" (Mt 7,24). Esta frase nos recuerda a la de Pablo: "Nadie puede poner otro cimiento que el ya puesto, Jesucristo" (1 Cor 3,11). Cristo, que en otro lugar aparece

como la roca espiritual que daba de beber a los israelitas en el desierto (1 Cor 10,4) se nos muestra aquí como la roca firme sobre la que debe edificarse la moral cristiana.

Vamos a analizar este último ámbito relacionándolo con los dos anteriores. En efecto, Cristo aparece como culmen y plenitud de ambas dimensiones. En cuanto a la primera, si partimos de la identidad entre vida cristiana y vida moral —concepción típica de la Iglesia primitiva— bastará probar la importancia de Cristo en nuestra vida cristiana para deducir su importancia en nuestra conducta moral<sup>10</sup>. Y esto, ciertamente, no es nada difícil. Resumiré aquí, con la brevedad posible, el papel que Cristo desempeña en nuestra vida, siguiendo a San Pablo. El es nuestro fundamento (1 Cor 3,11), nuestra paz (Ef 2,14), nuestro salvador (Tit 1,4; 3,6), nuestra sabiduría (1 Cor 1,30), nuestra esperanza (1 Tim 1,1), quien nos reparte sus dones (Ef 4,7), nos concede sufrir por El (Fil 1,29) y nos libra de la ira futura (1 Tes 1,10). En El somos justificados (Rom 3,24), reconciliados (Rom 5,11), vivificados (1 Cor 15, 22), redimidos (Rom 3,24), liberados (Rom 7, 24-25), santificados (1 Cor 1,30). Por El tenemos acceso al Padre (Ef 2,18), a la filiación (Rom 5,2) y conseguimos la victoria sobre la muerte (1 Cor 15,57).

Así, el cristiano se hace perfecto en Cristo (Col 1,28), permanece firme en El (Fil 4,1), camina en El (Col 2,6), se cimenta en El (Col 2,7), alcanza su plenitud en El. (Col 2,10). Comprendemos fácilmente lo imposible que resulta prescindir de Cristo en nuestra actitud moral. Pero a esta visión general podemos añadir un análisis de los principales datos "individuales" de la mo-

ral neotestamentaria. Decíamos que eran conversión, fe y seguimiento. Y añadimos, por su especial interés, los temas de la conciencia y de la ética de la intención, en los que centramos la primera parte. Convendría estudiar el papel de Cristo en cada uno de estos momentos. La falta de espacio nos lo impide. Pero si tenemos en cuenta que los tres primeros puntos son una gracia —y toda gracia viene por Cristo— y los dos segundos se fundan en El, deduciremos fácilmente lo íntimamente condicionado por Cristo que está el primer ámbito de la moral.

En cuanto al segundo, el social, ya dijimos antes que la Encarnación es la que perfecciona y consuma a la sociedad. Este dato, que tiene valor para todo hombre —creyente o no— adquiere especial valía dentro del cristianismo por la idea del Cuerpo Místico, en el que todos nos unimos (Rom 12,5; 1 Cor 12,12.27). De esta doctrina se deduce la base totalmente cristológica de las comunidades cristianas y de las relaciones existentes entre sus miembros. Pablo no piensa en ninguno de sus compañeros o conocidos sin relacionarlo con Cristo. Por eso, Epafras es “ministro fiel de Cristo Jesús” (Col 1,7), “siervo de Cristo Jesús” (Col 4,12) y “compañero de mi cautiverio en Cristo Jesús” (Phlm 23). Tíquico, “el hermano queridísimo... y consiervo en el Señor” (Col 4,7). Prisca y Aquila son “mis cooperadores en Cristo Jesús” (Rom 16,3). Epéneto, “las primicias de Cristo en Asia” (Rom 16,5). Andrónico y Jumas “fueron en Cristo antes que yo” (Rom 16,7). Urbano, “nuestro cooperador en Cristo” (Rom 16,9). Rufo es “el elegido del Señor” (Rom 16,13), etc. etc.<sup>11</sup>.

Así comprendemos la afirmación de que pecar contra un hermano es

pecar contra Cristo (1 Cor 8,12) y la interpretación dada por J.A.T. Robinson a 1 Cor 11,17-34: “Quienes por su comportamiento individualista muestra que no tienen “el sentido del cuerpo” (v. 29: trad. Moffatt) no puede comer la cena del Señor, ni participar sacramentalmente en el cuerpo de Cristo”<sup>12</sup>.

Pablo expone, a partir de estas ideas, la importancia de Cristo en todas las relaciones sociales. El es el modelo y el motivo que debe regir la conducta de los esposos entre sí (Ef 5,25 ss), la educación de los hijos (Ef 6,4; Col 3,21), la obediencia de éstos a sus padres (Ef 6,1; Col 3,20) la de los esclavos a sus señores (Ef 6,5-8; Col 3,22-24), el trato bondadoso por parte de los amos (Ef 6,9; Col 4,1)... Podríamos añadir todo lo expuesto en este punto por la *Gaudium et Spes*. Pero es hora de terminar.

Dice el Vaticano II que “las instituciones, las leyes, las maneras de pensar y de sentir, heredadas del pasado, no siempre se adaptan bien al estado actual de cosas. De ahí una grave perturbación en el comportamiento y aun en las mismas normas reguladoras de éste” (GS 7). Y aconseja que se busquen los elementos inmutables que deben seguir sirviendo de base a nuestra vida en diálogo con Dios y los hombres. Pienso que en la concepción individual y social del hombre “hay muchas cosas permanentes, que tienen su último fundamento en Cristo” (GS 10). Por eso, en mi opinión, todo individuo que actúe en sinceridad consigo mismo, entregado a los hombres e inmerso en Cristo, vivirá una moral auténtica, profundamente evangélica.

## notas

1. R. SCHNACKENBURG, *Die sittliche Botschaft des NT*, c. 1.
2. Ib. 4. 5.
3. Ph. DELHAYE, *Dignidad de la persona humana*, en: BARAUNA, *La Iglesia en el mundo de hoy*, Studium, Madrid 1967, 315.
4. Una breve exposición sobre la historia de la conciencia en la Iglesia católica puede verse en el artículo de F. SCHOLZ, *Das religiöse Gewissen und sein Recht*, publicado en J. HIRSCHBERGER - J. G. DENINGER, *Denkender Glaube*, Knecht, Frankfurt 1966 (la traducción de esta obra aparecerá dentro de poco en Ediciones Sígueme con el título *Hombre, Dios, Revelación*).
5. Cf. el artículo de C. SPICQ, *conciencia*, en J. B. BAUER, *Diccionario de teología bíblica*, Herder, Barcelona 1967.
6. Paul Matussek ha insistido mucho en este tema. Cf. R. EGENTER - P. MATUSSEK, *Moral y Psicoterapia. Ideología, Fe y Conciencia*. Sígueme, Salamanca 1967.
7. M. MEINERTZ, *Teología del NT*. Fax, Madrid 1962, 86.
8. "Nosotros, los fuertes, debemos sobrellevar las flaquezas de los débiles y no buscar nuestro propio agrado" (Rom 15,1).
9. Sobre este tema cf. J. DEY, *Paulus als Erzieher zum christlichen Wertbewusstsein*, en J. HIRSCHBERGER - J. G. DENINGER, o. c. 223 ss.
10. Cf. G. STAFFELBACH, *Die Vereinigung mit Christus als Prinzip der Moral bei Paulus*, Freiburg 1932.
11. El fundamento vivencial de esta doctrina lo tuvo Pablo, probablemente, en la aparición del camino de Damasco, donde Cristo le hace ver que perseguir a los cristianos es perseguirle a él. "Desde el día en que vio a Cristo en la Iglesia que estaba persiguiendo, se diría que no pudo ya mirar a los ojos de un cristiano sin encontrar en ellos la mirada de Cristo" (E. Mersch, citado por J.A.T. Robinson, *El cuerpo*, Ariel, Barcelona 1968, 87).
12. *El cuerpo*, 90, nota 17.